

1998

Primer amor

Antonio Dal Masetto

Citas recomendadas

Dal Masetto, Antonio (Otoño 1998) "Primer amor," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 48, Article 16.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss48/16>

Antonio Dal Masetto

PRIMER AMOR

En aquellos tiempos todavía no odiaba nada ni a nadie. Tenía doce años y estaba enamorado. Meses atrás, no muchos, había cruzado el océano en un barco de emigrantes, había visto llorar a hombres rudos mientras mirábamos esfumarse la costa en los vapores del mediodía, había llorado a mi vez y me había escapado de popa a proa para ponerme a soñar con América. Miraba el horizonte y fantaseaba acerca de llanuras, caballos impetuosos, espuelas de plata y sombreros de ala ancha.

Lo que me esperaba al cabo de la travesía fue un puerto como todos, hierro y óxido, anchas avenidas empedradas, bandadas de palomas y más allá de las palomas una ciudad como un muro. Después vino el tren lento a través de los campos invernales, estaciones vacías, campanazos que anunciaban la partida y estremecían el silencio y, finalmente, el pueblo. Nada de sombreros de ala ancha.

Lo primero fue cambiar los pantalones cortos por unos mamelucos, los zapatos por alpargatas. Me enseñaron el recorrido de la clientela, me dieron una bicicleta y me pusieron a repartir carne. Tuve que enfrentar el desconocimiento del idioma y soportar las burlas de los pibes en las que, por lo menos al principio, no alcanzaba a distinguir más que la palabra gringo. De todos modos no me quedaba quieto y cuando tenía uno a mano me le tiraba encima. Pero no había demasiada convicción en esas peleas. Y en los baldíos, en las calles de tierra, lo único que dejamos fueron algunos botones.

Lo cierto es que ahora pedaleaba de mañana, pedaleaba de tarde y estaba enamorado. Ella se llamaba Renata, usaba trenzas, tenía los ojos pardos y vivía en una gran casa, con una chapa de bronce en la puerta, donde yo tocaba timbre cada día para entregar el pedido. La amaba porque era hermosa, porque era la hija del doctor y porque era malvada. Por lo menos eso comentaban algunas clientas vecinas, cuyas hijas eran sus compañeras en el colegio de monjas. Nunca me pregunté qué clase de perversidades

podieron haberle ganado ese calificativo. Pero en esos meses, para mí, la maldad se convirtió en un atributo de la perfección.

El domingo en que la vi por primera vez, Renata cruzaba la plaza con unas amigas: venían de misa. Ella caminaba en el centro del grupo, la cabeza erguida como un líder, hablaba muy seria y las demás reían alborotadas alrededor. Vaya a saber lo que sentí realmente, pero quedé turbado y esa noche tardé en dormirme. De algún modo debí intuir que con aquel encuentro se abría una etapa nueva. Hasta ese momento me había estado asomando al pueblo y sus calles como sobre un pozo sin fondo, donde no había respuestas, ni siquiera preguntas, sólo estupor y una calma de agua estancada. Recuerdo los amaneceres escarchados, la quietud del río, las noches sin vida, aquellos dos caballos tristes y pacientes bajo la lluvia en el terreno cercado por alambres de púas. Vivía como aletargado por todo eso, sumergido en un asombro quieto y distante. No sabía si algo en mí estaba exigiendo un cambio. Era un adolescente inquieto, pero la prueba a la que estaba sometido casi no permitía rebeldías, no pedía aceptación ni rechazo, simplemente me rodeaba con su abandono, me enquistaba y me anulaba.

Después de encontrarme con Renata, en los días siguientes, cuando averigué que vivía en aquella casa y me puse a soñar con ella, aprendí, entre otras cosas, que había en mí una capacidad de sufrimiento hasta entonces insospechada. Y me lo repetía a cada rato: “Sufro, estoy sufriendo, nunca sanaré de este dolor”. Estaba realmente convencido. Pero también era cierto, y seguramente sólo lo supe años más tarde, que todo ese desgarramiento no me debilitaba, al contrario, comenzaba a teñir de colores reconocibles y familiares esos días vacíos. A medida que aceptaba ese mundo como mío, percibía que se iba desintegrando la rigidez que me separaba de todo. La esperanza que cada mañana respiraba en el aire frío, el sobresalto renovado cada vez que veía a Renata salir del colegio entre sus compañeras (un delantal blanco siguió representando para mí, durante mucho tiempo, el símbolo del amor y la aristocracia pueblerina), eran cosas reales, que me devolvían una identidad. De este modo, sin saberlo ella, la presencia de Renata iba introduciendo cierto orden en mi desconcierto. Me hundía en la impotencia, pero también me salvaba del desarraigo. Seguramente, por lo menos al principio, ni siquiera debió darse cuenta de mi existencia. Y aún más tarde, después de aquel único encuentro en el jardín, es probable que no haya vuelto a fijarse en mí. Sin embargo, desde esas distancias, ella me marcaba una dirección. Yo me sometía, sufría y me sentía vivo.

Y así, aquellas calles se llenaron de actividad, de cálculos, de horarios, de estrategias. Siempre estaba yéndome o llegando, partía en mi bicicleta con cualquier excusa, me ofrecía para todos los mandados. Pasaba por su casa, por la de alguna amiga, por la iglesia, por el club, por cada sitio donde suponía que podía estar. Corría permanentemente. Pero, en realidad, era ella la dueña del movimiento. Se desplazaba y yo respondía girando a su

alrededor, a una cuadra de distancia, a cinco, a diez, como si estuviese atado con un hilo, ensayando vastos rodeos, encarando finalmente por una calle donde ella venía avanzando, para cruzarla de frente y pasar a un par de metros, pedaleando fuerte, la mayoría de las veces sin atreverme siquiera a mirarla. Llevaba en el bolsillo una libreta en la que anotaba: “Martes 17, la vi; miércoles 10, la vi; jueves 19, la vi dos veces; viernes 20, la vi, me parece que me miró”.

Una mañana toqué timbre y salió ella a atenderme. Había delirado con esa ocasión, pero no supe qué hacer y todos mis planes se diluyeron. Me quedé mirándola, inmovilizado, con mis mamelucos color ladrillo y mis alpargatas deshilachadas.

— Traigo la carne — murmuré, con un tono y una torpeza que me hicieron sentir avergonzado.

No se dignó tomar el paquete. Se hizo a un lado y me señaló una puerta:

— Dejalo ahí, sobre la mesa.

Obedecí. Cuando ya me iba, oí que decía:

— Esperá.

Me detuve.

— ¿Por qué siempre me andás mirando? — preguntó.

Sentí que me temblaban las rodillas y aparté la vista. Me dije que no habría otra oportunidad como ésa y me esforcé por construir una respuesta en un castellano decente, pero cuando la tuve lista ya era tarde.

— Vení — dijo Renata.

La seguí. Recorrimos el pasillo y salimos, por la puerta del fondo, al jardín que tantas veces había vislumbrado desde la calle. Aquello era como entrar en un mundo prohibido. Renata me guió entre una doble hilera de naranjos, hasta la pared que separaba el terreno de la casa vecina.

— ¿Sabés qué es? — preguntó señalando con el dedo.

— Un rosal — contesté.

— Eso es lo que parece — dijo.

Calló y advertí que era más alta que yo. De todos modos, la incomodidad del comienzo había ido desapareciendo. Renata se acercó más al rosal y me contó una historia:

— Mi bisabuela se llamaba Renata, igual que yo. Era una mujer bellísima. Mi bisabuelo viajaba y la dejaba mucho tiempo sola. Se enamoró de un sobrino, quince años menor que ella, un muchacho. Pero él la rechazó. Entonces lo mató y lo enterró acá, junto al muro. A la semana notó que en este lugar había nacido un rosal. Tomó una tijera y lo cortó. Pero el rosal volvió a crecer. Lo cortó. Y así muchas veces. Hasta que un día mientras trataba de arrancarlo, se pinchó un dedo con una espina y quedó embarazada. Cuando dio a luz advirtió que el chico era el sobrino que había asesinado. Entonces pensó en matarlo otra vez, aunque finalmente decidió criarlo. El chico no paraba nunca de mamar, jamás estaba satisfecho. Acabó con su

leche y comenzó a chuparle la sangre. Mi bisabuela se fue debilitando y al tiempo murió.

Mientras hablaba, Renata no había dejado de mirarme. Callo y advertí el chillido de los pájaros.

— Dame la mano — dijo ella.

Estiré el brazo. Me arrastró suavemente, acercó mi mano al rosal y me hizo pinchar con una espina. Soporté sin chistar, sin moverme. Retuvo mi dedo para ver brotar la sangre. Entonces busqué en sus ojos el placer perverso del que había oído hablar. Pero lo que vi fue gravedad y, me pareció, una velo de tristeza.

— Ahora — sentenció — vas a quedar embarazado, como mi bisabuela.

Me soltó. Un golpe de viento trajo el olor de la primavera próxima. Sentí que ese jardín no se encontraba en el pueblo, sino en otra parte, y que tal vez nunca volviese a salir de él. Estaba deslumbrado, extrañamente bien, como si aquello fuese natural y ese mundo me hubiese pertenecido desde siempre. Sentí que estaba dentro de una ceremonia y que en mí se disolvían durezas y entorpecimientos. Por un momento pude pensar que entre Renata y yo no había diferencias, que éramos iguales y lo seguiríamos siendo mientras permaneciésemos ahí.

Ella volvió a hablar.

— Andate — dijo.

Pero no había prepotencia en su voz, ni siquiera era una orden, sino la manifestación simple y clara de algo que debía ser hecho. Crucé el jardín, salí a la vereda y caminé hasta doblar la esquina. Apoyé la bicicleta contra un árbol, saque mi libreta, la abrí y aplasté la gota de sangre sobre una hoja en blanco. Volví a guardarla en el bolsillo de la camisa, contra el corazón. Después me llevé el dedo a los labios y lo mantuve ahí. Monté y pedaleé calle abajo, hacia el horizonte quieto y abierto que se divisaba más allá de las casas.